

DOÑA JUANA LA LOCA.

(CUADRO DE PRADILLA.)

Precis no vuelve... oh, región lirio, su vida al roble, víctima del viento, ni su flor al marchito sentimiento agreste hoguera ni devoto cirio. Amor que fué tu gloria es tu martirio, y porque no halles tregua en el tormento la muerte, calma y luz del pensamiento, noche es del tuyo y bárbaro delirio. Grito de tu pasión y tu amargura, ¡oh mal pagado corazón! aún sueña: ¡és acendrado amor si no es locura?— A ¡ma que hiel de celos envenena, enloquecer de amor no es desventura, mas ¡qué desdicha enloquecer de pena!

SONETO.

Si por mudos ó infieles los espejos á tu impaciencia, oh niña, dán enojos, mírate en el espejo de los ojos de cuántos te amen, jóvenes ó viejos. Y hallarán en la voz de sus reflejos, sin mover ni cansar tus labios rojos, palma tus gustos, mimos tus antojos, tus penas gloria y tu razón consejos. No habrá risa en tu boca, ni gemido; ni en tu noble vivir placer ó herida, nien tu palabra acierto ni descuido sin lástima, remedio ó acogida; cristal és todo espejo sin sentido y amantes ojos són cristal con vida.

AMÓS DE ESCALANTE.

GRACIAS Y DESGRACIAS DEL MATRIMONIO.

CARTAS

DE UN SOLTERÓN A UN NOVIO Y VICE-VERSA, SOBRE

EL TECNICISMO MATRIMONIAL, COLECCIONADAS POR UN INDIVIDUO DE AQUELLA RESPETABLE CLASE PRIMERA.

V.

Pepe compadeció á su pobre amigo, pero irritado de que le conceptuara capaz de hacer traición á su causa contestó en los términos siguientes:

OBCECADO ANTONIO:

No trato ya de combatir tu enlace; veo que tu terquedad es invencible. Alguna mala hierba pisaste que transformó tu antes envidiable juicio, si no te dieron un brebaje que perturbó tu talento, notable en otra época de tu vida por sus sazonados frutos de cordura. Lo siento de veras, pobre Antonio, lamento en el alma el misérrimo estado de enajenación mental á que te llevó una funesta manía.

¡Pícaro amor, qué fatal eres para la humanidad! ¡Perversas mujeres, sois Circes encantadoras que transformáis á los hombres en seres sin conciencia de sus actos!

Tú no eres aquel Antonio que sabía donde tenía su cabeza; eres un desgraciado que estás pidiendo á gritos te metan en una casa de locos. Zaragoza, Toledo, Leganés, Carabanchel ó San Baudilio de Llobregat te reclaman.

La lástima que te tengo es mucha; de lo contrario, yo te reconvendría amargamente por la burla que haces de mis consejos. ¡Para qué me participas que vas á casarte y disparas después con bala rasa á la fortaleza de mis rectas intenciones? Tú provocaste esta polémica; si en ella llevas la peor parte, no descargues tu mal humor en mí, desahógate sobre el autor de unas ideas que traen aparejada una silba inmediata.

Pero exigir lógica á un hombre que va á casarse repito que es pedir razón á un loco; y como uno hace ciento, tú, no contento con serlo, te empeñas en que yo lo sea, convidándome á entrar en el gremio.

¡Yo casado!!!
¡Qué horror de palabras! La trompeta del ángel del juicio final no atronará mis oídos tanto como ellas me aturden en el momento que las pronuncio

¡Yo casado!!! ¡Misericordia divina! Se me figura al escribir estas líneas que el cielo se junta con el suelo, y con los dos las aguas de los mares y la furia del huracán, y tal catástrofe aún la creo insignificante comparada con la horrible del matrimonio.

Déme el Señor los trabajos que quiera, todos los soportaré con paciencia, menos ese del matrimonio, único en el mundo que es incompatible con tan hermosa virtud. No esperes nunca de mí, —nunca, lo entiendes,—tan descomunal apostasía; mis oídos están blindados y mi inteligencia cerrada á las seducciones matrimoniales, y por lo mismo, ni las tuyas ni las de tu linda cuñadita me harán caer en la tentación de novio.

Escarmentado de aquel hombre que mandó poner sobre su sepulcro:

Yace aquí uno sentenciado á diez años de marido. ¡Juzgado por tan grave pena Lo enorme de su delito!

quiero que sobre mi tumba se ponga la inscripción siguiente:

Aquí yace un caballero que no intentó suicidarse, Púese nunca pensó matarse Ni dejar de ser soltero.

Mi cautela me hace adivinar tu flaco. Los que se bañan en el mar suelen pon-

derar engañosamente la bondad del agua, con el pícaro gusto de que otros los acompañen á pasar un mal rato. Los casados, de igual modo, según observa un discreto escritor, alaban la bondad de su estado con la malévolos intención de que los solteros no les den envidia. Triste consuelo, por vida mia, que el mal de muchos lo es de tontos.

¡Vaya un estado que me ofreces, en cambio del venturoso que disfruto, á Dios gracias! Me llamas al estado *conyugal*, me incitas alevosamente á ir *con yugo* hasta el fin de mis días, si antes no quiero declararme en huelga. Gracias mil por la atención: no busco mi porvenir en las dehesas boyales del matrimonio. Sujétense los mansos á la vida conyugal, tiriten en el agua de rosas en que se bañan, sufran las consecuencias de su tontería; pero ¡por los clavos de la pasión! que no se complazcan en aumentar el número de los que se ahogan, y dejen en paz á los solteros respetando su clase, que es anterior á las demás por ser en la que nacimos, y de lo cual se deduce, sin ningún artificio retórico, que los solteros viajan en el tren del mundo en primera clase, los casados en segunda y los viudos en tercera.

¡Ahí es un grano de anís lo que me deséas. ¡Nada menos que tome una mujercita! ¡Qué! Ni microscópica la quiero. Grande ó pequeña, en seguida que salgamos de la iglesia se llamará á boca llena *señora mia*, y me obligará á publicar en las tarjetas y en letras de molde por todos los ámbitos de la tierra, aunque pese á mi probado amor al progreso.

La civilización moderna destruyó los castillos feudales, abolió los aborrecidos señores, aniquiló el poder absoluto, elevó á los siervos á la categoría de hombres libres y borró la humillante frase aquella de *mi señor* con que se hablaba á los monarcas; pero las mujeres, que no entienden de política, y que les dá un rabano que San Pablo les recomiende en su célebre epístola la sumisión á sus esposos, no han admitido, ni admitirán, la supresión de los señores, y ni aunque las aspen consentirán en dejarse de titular señoras de sus maridos. De aquí dimana que los únicos esclavos que hay todavía en el mundo son los pájaros enjaulados y los hombres casados.

¡El marido es el verdadero negro de la humanidad!

Concierta ahora la humillante expresión de *mi señora* que usan los *delyugo*, con la de *esposas* que emplean las casaditas, y si no me concedes que están amarrados los maridos de boca, manos y cuello, te declaro que no sabes una palabra de castellano; mientras que todos los que conozcan nuestra rica lengua convendrán conmigo en que las palabras de casamiento,—según te he demostrado, te vengo demostrando y te demostraré—solas ó acompañadas, tienen un sentido endiablado para quién estime su libertad y su reposo.

Nunca una mujer llama *mi señor* á su consorte; á lo sumo da ese nombre al suegro en algunos pueblos de Castilla. Al marido le denominará *aquel, ese, mi hombre* ó cosa parecida, sin olor alguno á respeto. Hace perfectamente bien, porque la época de emancipación de una mujer empieza el día que se casa, y entonces es cuando acaba la libertad del hombre.

Una soltera no puede salir sola á la calle, ni vestir á su gusto, ni disponer de un céntimo, ni comer á su antojo, ni mandar en nada ni en nadie. En su casa es un sér pasivo con tan completa dependencia, que hasta las palabras se le vedan y se le prohíbe oír determinadas conversaciones. El día que contráe matrimonio, variando de suerte, agarra en su casa la sartén por el mango, sale de ella cuando le place, dispone de las llaves como ministra de Hacienda de la familia, arregla las cosas á su capricho abusando de sus facultades de ministra de la Gobernación, habla por los codos, si no grita, manda en todos y en todo, distribuye el palo de la justicia en virtud de su título de ministra de la Gracia, y ella en fin absorbe la universalidad de los asuntos domésticos, menos los concernientes al ramo de la guerra, que delega en su mamá, convencida de que en cuestiones de barullo nadie aventaja á una suegra.

El hombre, en cambio, en tanto que permanece soltero vive y triunfa, sale y entra á su albedrío, su ley es el capricho, su norma la voluntad; pero desde el momento en que se casa, desde el instante en que tiene mujer, debe arreglar sus acciones á la hora, dar cuenta al minuto de su conducta, habituarse al rigoroso régimen de la familia, gastar con su cuenta y razón, hablar comedido, y no permitirse otras alegrías que las muy contadas que tristemente llama «echar una cana al aire.»

Tal es el porvenir del hombre casado y tal el de su señora. Sin exagerar la cuestión se ha dicho que el uno pierde al casarse la libertad que la otra gana; paráfrasis de lo del buey suelto, en contraposición de la consabida frase de *mi se-*

ñora, que no se cae de la boca de los que abandonan el celibato.

Estamos en Herodes, vamos á Pilato. Avanzando los meses, llega uno en el que la mujer propia se encuentra en estado *interesante*, ó sea en una situación que está reñida con los intereses económicos, como que es *interesante, ó ante interés*, que el orden de factores no altera el producto, y ahora de *producto* se trata y de *factores* hay que hablar en *cuestiones de bulto*.

Si rechazas la interpretación por violenta, no tengo el menor empeño en sostener lo de interesante y nos quedaremos con un *embarazo* para explicar lo grave de la situación; digo mal, se quedará cualquiera del gremio,—que sería un alarde de necia compasión compartir con ellos las fatigas que pasan, sufren y aguantan al vencer este obstáculo, aparecido de repente en el camino de su tranquilidad.

Como no es mi objeto hacer una historia analítica del matrimonio, hecha esta, y bien, por escritores famosos, prescindiendo de detalles, dejo correr meses y no paro hasta tropezar con un enemigo doméstico que la novedad de la casa ha traído. Llámase este enemigo sin ambages, *ama*, y no es su oficio *amar*, antes bien se goza en desesperar á todo bicho viviente. Solicitaba una casa para ser en ella *ama*, encontré una, y ahí la tienes nunca satisfecha, comiendo y bebiendo sin tasa, hasta consumir la paciencia del padre de la criatura, al que *cobra pechos* con todo el rigor que le corresponde como señora que es de su vida y hacienda.

¡Ah, mentecato! y te atreves á hablar de *despecho* tú, cuando los casados son los que esperan como al santo advenimiento la hora en que se *despechen* sus hijos para verse libres de la tiranía de las nodrizas, y despachar con cajas destempladas á esas madres de alquiler, que no entran vendiendo para salir mandando, cual los cartagineses en España, pero sí entran dominando para salir vendiendo... finezas y ropas de un bien repleto baúl.

En este amargo trance de su existencia los maridos tienen señora por un lado, ama por el otro, y entre las dos remachan la cadena de su esclavitud, porque *ama y señora* son los mismos perros con distintos collares, y si acaso algo han de agradecer á su buena suerte será que la señora del ama no dé en la flor, sin aroma, de duplicar la prole al minuto, cuya doble proeza traerá la de multiplicar las amas de la señora, agravando su; ya tristísima y miserable *pechiera condición* eso sin contar con la *mella* que en su fortuna han de abrir los mellizos, todo lo que hace bueno lo que he dicho que

Llaman *consorte* al marido, Como á un hombre criminal, Por estar comprometido En la causa conyugal.

Alabemos las excelencias de un estado que produce tan ópimos frutos; ensalcemos las ventajas de un estado que es el fundamento de la familia, santa palabra que representa el centro de nuestras aficiones, la esperanza de nuestro bienestar y el anhelo de nuestros corazones. ¡Oh, la familia es un bien! En su seno encuentra el hombre una calma tan perfecta que bosteza hasta romperse las quijadas, duerme aún en el aflado canto de una silla, y se morirá probablemente de fastidio, de no haber teatros, cafés, clubs, sociedades, tertulias, casinos, círculos, ateneos, academias, gabinetes de lectura, bailes, conciertos y otras amenas reuniones que se *compadecen* mal con los tranquilos goces de la familia, pero que han inventado los que se *compadecen* del aburrimiento que dentro de nuestra casa encontramos, en las pocas horas que permanecemos en ella.

Para mí la familia es una palabra, cuyas sílabas *fa mi lia* están casi en solfa con el perverso propósito de que las canten de día y de noche los canarios de alcaoba, ó los chiquitines que tienen lombrices.

Estos angelitos de Dios, frutos del árbol genealógico de la familia del que el padre es el tronco,—por eso hacen de él todos leña,—són deliciosos. Cuando deben callar, alborotan, y cuando deben dormir gritan. Los dichosos padres están abonados á una jaqueca diaria, y en una inquietud permanente. Con ellos la casa es un burdel, el orden imposible, y la paz un sueño. En los ratos que no lloran, riñen, y si callan, de seguro que están haciendo una insigne diablura. En suma, son tan graciosos los hijos y su compañía es tan grata, que los papás por providencia de buen gobierno, los mandan á la escuela y allí los tienen todo el día, desde el momento en que dejan de mamar, para no sufrir sus impertinencias más que á las horas de dormir.

Los niños, sin embargo, no son la mala sombra del matrimonio. Reconozco que, si aburren algunas veces, entretienen otras; comprendo que sus gracias transporten á los padres al quinto cielo, aunque desesperen á los extraños, y de buen grado concedo también que un matrimonio sin hijos es un árbol sin hojas. Peor, mil veces peor que la familia pequeña

es la familia grande, compuesta de mamá política—¡suegra! no hay que agregar más en su aborrecimiento;—y de hermanos políticos—¡cuñados! que según Lope de Vega son añadidura que

Se dá con propia mujer, De suerte que es como hueso Del matrimonio un cuñado, Que viene siempre formado Para hacer cabal el peso.

Todos los miembros de esta familia adulta se engalanan con el título de *políticos*. No es extraño, por lo tanto, que con la mujer se introduzcan en casa del marido la *oposición*, producto de la política, la *discusión*, hija natural de la misma; la *disputa*, que es su nieta; la *discordia*, hermana de la anterior, y los *partidos*, consecuencia del afán por el mando. Por supuesto, no hay siquiera que advertirlo, el papá es el gobierno constituido, la casa es el país que todos se empeñan en hacer feliz, y el bolsillo la verdadera causa de estos empeños de la oposición, la cual, como es consiguiente, tiene las simpatías de todos, mientras que el gobierno, por bien que lo haga, trata de mandar, y esto basta para que se le aborrezca, deteste y ninguno le quiera.

Con estos elementos de discordia, capitaneados por la mamá política, no es de envidiar la dicha del infeliz marido, cuyo destino es más desesperado que el de otra clase de políticos, porque no pudiendo retirarse á la vida privada, abandonando el poder á la voracidad de los adversarios, tiene que aguantar su desventura hasta el fin de sus días.

No espere tampoco su salvación en un *golpe de estado*; ya le dió con honores de porrazo al cambiar de modo de vivir. Entonces le recibí en la cabeza, y quebrada la lleva; mas no se queje, que quién bien tiene y mal escoge del que le venga no se enoje, ó lo otro de casado y arrependido.

El que se está quietecito sin variar de postura, ni corre el riesgo de tropezar ni se expone á caer, provocando la risa de cuantos presencian su fracaso. No sé la razón de este extemporaneo alborozo, pero es lo cierto que la caída de una persona se celebra con estrepitosas carcajadas, y después, cuando se cuenta el suceso, se dice, sin poder contener la risa, que se vió al hombre dar una tremenda costalada ó un solemne batacazo, que midió el suelo con las costillas, que cogió una buena liebre, que se rompió la crisis ó el bautismo, que cayó de hocicos ó de bruces, expresiones todas que nada tienen de caritativas.

Pero más que aquella risa y estos cuentos irrita que algunos acudan con fingida compasión, á levantar al caído, y al limpiarle el polvo le sacudan recios linternazos que le triturarán los huesos que respetaron las piedras.

Esta es la lastimosa situación del casado que figura entre los caídos desde el sueño de Adán. No hay marido que no declare con ingenuidad á cuantos le quieren oír, que le *cogieron*, que tuvo la imprudencia de ir á casa del jabonero, que resbaló y cayó; siendo tú uno de los que tal confiesas, púese en una de tus cartas escribías con infulas de avisado «es vano vuestro empeño en ladrar á la luna; al fin todos hemos de caer ante una mujer;»

¡Qué plancha, amigo, qué plancha has hecho al pretender darme una lección de hombre de mundo! No reflexionaste que de ningún modo estamos expuestos á tropezar los que, inmóviles en nuestro estado nos reimos de los que caen, sin llevar nuestra burla á la ferocidad de los consabidos novientes políticos, que á semejanza de los novilleros, al ver caído á un hombre en el lazo del matrimonio, le calientan las orejas, gritándole que es un trasto, un pillo, un bribonazo, un descastado, que no se merecía la niña que tiene por esposa; y menos mal, si no le comparan con otro dedo artificial ó natural de la mujer,—probablemente lo primero,—á quien titulan el *primo de la familia*, para expresar de una manera clarísima que en la casa no es el primero ó principal el infeliz *pariente*.

Olvidásemme esta sinonimia de marido, se me pasó por alto consignar que en muchos países se conoce al «mi hombre» con el dictado de *pariente*. No pierdo la ocasión para decirlo; y más cuanto que esta conocida denominación condensa mis ideas sobre el particular, puesto que si no es una errata de *pariente*, se trajo á la colección para significar que entre la mujer, los niños, los políticos de marras, las amas, la casa, el casero, la suegra, las lombrices, las criadas, los gastos, los primos y otra multitud de impertinencias por el estilo, tienen al desdichado que se casa en un embarazo perpetuo; que pariente de parir se deriva y es voz que corresponde paralelamente á la de *pretendiente*, que lleva el esposo en estado de cañuto.

La primera es un desahogo de la madre, que al dar á luz á un presunto casado exclama compungida:

—¡Parí ente! ¡que bien sabe ella que vá á padecer por necio!

La segunda voz es una declaración

expontanea del aspirante á novio, quién al comprender que tira á mentecato dice arrependido:

—¡Pretendí ente! corroborando en todo la profecía de su avisada madre.

La *entidad* del negocio es notoria, de cualquiera manera que lo examinemos. *No-vio, pretendi-ente, consorte, amonestado, des-pasado, es-poso, mar-ido, cónyuge, pariente*, equivale en buen castellano á majadero, ni más ni menos. Más claro no es un cedazo; mayor crudeza en la palabra no la tiene el diccionario, y, por otra parte, una insistencia tan marcada en las sinonimias de tonto y loco forma á todas luces un tratado completo de filosofía trascendental.

Los que impávidos desprecian el peligro en él perecen. Es una sabia sentencia de Salomón, que no debemos olvidar y que hay que recordar con varonil esfuerzo á los incautos que van á *pedir una mano*. Deduciendo de esta extraña petición de las mujeres que no saben sus novios donde tienen la derecha ó que son mancos, mientras ellas trastornan su juicio, hasta el extremo de exigir un rico *presente al futuro* que pasa á la historia, como si no fuera bastante el sacrificio á que voluntariamente se apérbice.

No es muy correcto que el pasado sea á un tiempo presente y futuro, ni tampoco es económico. Váyase una negación por otra ¡Y este es el porvenir que me deséas, Antonio, y te librarías así de una carga enojosa tan difícil de soportar y tan inaguantable, que inmediatamente que uno se casa tiene que *dar parte del matrimonio* á los amigos y conocidos; de lo contrario, pesaría entera sobre el desdichado paciente, reventaría en seguida y no habría un casado en el mundo ni para un remedio; falta que nadie echaría de menos, porque el matrimonio empobrece las naciones, encareciendo las subsistencias, rebaja su importancia, convirtiendo en *tiros* á los más estrados señores, y en *tías* á las más elegantes señoritas. ¡Ay! sociedad, sociedad, ¡qué estado te reduce el matrimonio! Ya lo has visto; todas, absolutamente todas las palabras de casamiento son peores; luego me escamo, y tú debes escurrir el bulto si eres discreto.

No me tildes de rebuscarlas, retorcerlas, ni estrujarlas; te aseguro, y no mento, que afluyen á mi pluma sin atormentar mi memoria. El campo del matrimonio es abundantísimo en abrojos; así que ningún trabajo me costó recoger el ramillete de *malezas* que te ofrezco, y que no hago mayor para que no te parezca monstruoso.

En esta carta advertirás que trato la cuestión en general, cuidando mucho de no hacerte el maniquí de mis disquisiciones, según acostumbramos los graves moralistas. Á ello me induce la libertad que te tomaste de leer á esa familia mis cartas escritas en confianza, aunque inspiradas en la verdad, que sin encono de fiendo. *Sine sentia pro veritate cortate*.

Dispensa mi rudeza en virtud de mis convicciones tan profundamente arraigadas, que siento de veras sea tu futura cuñadita lo hermosa, amable y lista que dices y yo creo, porque temo no tenga la culpa de que haya un matrimonio más en el mundo. Que haya en él un cadáver más está averiguado que no importa un comino; un matrimonio es distinto, por los males que trae á la humanidad.

Basta por hoy; saluda á esas señoras, cuyos piés beso, y tú no hagas clamor en desierto á tú buen amigo

PEPE.
Por la copia, F. NEÁPOLIS.
(Se continuará.)

HISTORIAS MONTAÑESAS.

I.

Ya hace algunos años que sucedió esto: en relación á los que tengo, hace muchos.

Aún no iba yo á los bailes del Círculo; y, respecto al teatro, andaba siempre como Mambú, sin saber si iba por la Pascua ó por la Trinidad.

Debo, ante todo, hacer constar que *esto que sucedió* no tiene nada de particular, y que lo cuento solamente por no tener nada más entretenido con que distraer á las piadosas lectoras, que muy lectoras y muy piadosas han de ser para llegar sin fastidio hasta esa *M* que yace al pié, tenebrosa de la palabra á que alguno ha de hacerla servir de inicial. En fin, mala ó buena, la cosa empieza así:

Antonio era uno que tenía una novia, la cual residía por aquellos días, los de un Noviembre tempestuoso y frío, como todos los de la montaña, en su caserón de aldea, entretenida en ver llover cerca de la vidriera, en hacer que leía un libro, y en hacer que no leía, por mielto á su madre, las cartas que de Santander, donde Antonio habitaba, se recibían diariamente.

Era la niña, á quién, si á ustedes les parece, llamaremos Matilde, morena y pálida, como son por lo general las mujeres que bien aman. Su rostro no aparecía triste, sin embargo, por más que la sonrisa en que habitualmente se mostraba envuelto no fuese del todo alegre. En fin, en su álbum había, y puede que haya aún, unos versos en que se aseguraba que

